

El Cocinero

Semanario Festivo Ilustrado

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1910

Director: Roberto Bueno.

ESPAÑA MONUMENTAL



CASA CONSISTORIAL DE SEVILLA

(Fachada de la Plaza de San Francisco.)

La mejor cosecha.

I

TRES golpecitos dados en la puerta tímidamente, bastaron para despabilar al Sr. Antero y volverle á la realidad; pasó la mano por sus ojos, desdobló desembarazadamente su robusto corpachón y exclamó con voz de trueno:

—¿Quién va?...

—Soy yo, Sr. Antero... soy yo—contestó una voz algún tanto gangosa.

—¡Caramba!... ¡D. Jesús!... voy en seguida. Usted disimule que le haya hecho esperar—decía el Sr. Antero mientras abría la puerta de la habitación, por la que apareció la venerable figura de D. Jesús, cura párroco del pueblo.

Entró lo más deprisa que le permitieron sus piernas, pero no tanto que impidiese la entrada de una corriente de aire que se precipitó silbando en aquella reducida estancia, arrastrando consigo una regular cantidad de agua que en menudas gotas azotó el curtido rostro del Sr. Antero.

—¡Diantre!... Mala noche—exclamó éste—¿Cómo se aventuró el señor cura á venirme á ver y á honrar mi pobre casa con su presencia?...

—No me lo agradezca, Sr. Antero—contestó el interpelado con tono de humildad y disgusto;—no me lo agradezca, repito, esta visita no es para usted ni para nadie en particular; es para todos...

—Agradeciendo—interrumpió el Sr. Antero que no comprendía bien las palabras del sacerdote.

—Es para todos—prosiguió éste,—porque se trata de los intereses del pueblo en general, de toda su gente que rivaliza en honradez; en una palabra, se trata de los intereses de usted, que, dado el cariño que le profesamos, son los nuestros. ¿Entiende usted ahora?

—Creo que voy entendiendo, si señor—replicó el buen Antero, cuya mirada se nubló un instante y una arruga surcó su frente, tomando su cara un aspecto extraño—y creo más; creo que va usted á hablarme del truhán de mi hijo, de ese pillastre que no vale lo que un grano de alpiste y que me da más disgustos que granos de simiente han soltado mis manos en los cincuenta años que llevo sembrando la tierra.

—Precisamente, mi buen amigo; y celebro que lo haya comprendido de esa manera, pues he de evitarme, como es consiguiente, mucho trabajo.

Acercáronse al hogar, donde chisporroteaban cuatro ó cinco trozos de leña y mientras se calentaban sus manos, el señor cura prosiguió:

—Sabe usted también ó mejor que yo las inclinaciones que desde pequeño mostrara su hijo; inclinaciones que fueron alimentadas por usted inconscientemente, debido al mucho cariño que le profesaba, por ser el único vástago que le dió su pobre mujer que en paz descansa.

Amigo de reyertas con otros chicuelos de su edad, en más de una ocasión intervino con objeto de impedir cuestiones con los padres de aquellos muchachos á quienes hería y golpeaba. Todo eso era disculpable á los quince años, pero no lo es, en verdad, que á los veinticinco siga de la misma manera y en lugar de enmendarse, descubra nuevas inclinaciones á cual más odiosa y execrable. Su hijo... Sr. Antero, á pesar de que usted no le escatimaba cuanto dinero creía conveniente para sus atenciones, ó por mejor decir, para sus vicios; quizás para eludir una explicación acerca del empleo dado á cierta cantidad que usted le entregó, según creo, para su colocación en la Caja del Banco en esta provincia; bien porque no pudiese continuar haciendo la vida que hizo en la capital, ó bien por otra causa cualquiera... ¡pena me da el decirlo!... su hijo resolvió encontrarlo por sí mismo, y, en unión de otro camarada y aprovechando mi ausencia... entraron en mi casa... y...

No pudo terminar: se extendieron los brazos del Sr. Antero y cogiendo una mano del anciano sacerdote entre las suyas,

encallecidas por el trabajo, balbuceó algunas palabras y se desplomó á los pies de aquel santo varón.

II

Habían pasado seis ú ocho días. El sol lucía sus esplendentes galas, bañando con sus benéficos rayos las doradas espigas que en una muy respetable extensión circundaban la casita del Sr. Antero.

Aquella casita, alegre como una sonrisa de rubio angelito, tan blanca como un copo de nieve, tan pequeña, que á gran distancia se hubiese podido confundir con una paloma descansando en un nido de oro; aquella casita, repito, era la misma que una semana antes la vimos azotada por dos huracanes; por dos tormentas igualmente temibles; pero más intensa, más grande una: la que se desarrollaba en el interior. Fuera el viento empujando el granizo con inmensa velocidad contra los cristales, que caían hechos pedazos y eran recogidos por el agua, la que los arrastraba hacia el arroyo. Dentro, cerca del hogar, otra tormenta se desarrollaba, más violenta, más terrible, más grande, que no permitía siquiera oír la del exterior. Allí luchaban los sentimientos, se chocaban, se lanzaban unos contra otros, en una palabra, destrozaban un corazón noble y arrojaban sus restos á los pies de un hombre que los recojía y procuraba unirlos, infundiéndoles la suficiente consistencia para sufrir nuevos golpes...

Aquella mañana el Sr. Antero se ocupaba en arrancar algunas hierbas perjudiciales para su plantación y de vez en cuando hondos suspiros se escapaban de su pecho, al mismo tiempo que movía la cabeza tristemente.

Así y todo procuraba olvidar sus penas, no fijando la atención más que en el campo de trigo que aquel año se presentaba hermoso. ¡Ya lo creo! Muchos cuidados le costó, muchos sinsabores, pero era la envidia del pueblo.

—Buena cosecha—se decía—buena cosecha; gracias á Dios no tendría de qué quejarme si no fuera por ese pillastre de Antonio... Prometí no verle y he de cumplir mi promesa.

Así continuó su monólogo, sin darse cuenta de que dos nuevos personajes avanzaban hacia él, recatándose de ser vistos.

De pronto sintió que le asían por la espalda y al mismo tiempo una voz, en la que reconoció la del buen presbítero, que decía:

—¡Ya le cojil... ¡Ya le cojil...

—Hola... D. Jesús—respondió pugnando por separar las manos del anciano que le tapaban los ojos.

D. Jesús callaba y el labrador seguía diciéndole:

—Me alegro que venga; mire, mire qué cosecha, ¡qué buena cosechal

Separó las manos el sacerdote, recobró el otro su libertad y ante la luz del sol quedó deslumbrado por un momento; pero más deslumbrado le pareció quedarse al contemplar á su hijo, ¡á su Antonio!, aquel pillo de corazón de piedra, que puesto de rodillas ante él lloraba lágrimas de arrepentimiento, mientras D. Jesús, apoyando sus manos descarnadas en los hombros del joven, decía con incomparable satisfacción:

—He aquí también mi mejor cosecha.

Arturo Humanes.

EN CONFIANZA

Hay gente tan incompleta,
que no sabe hacer la u
ni contar una peseta,
y escribe *Cristo* con q
y *caracoles* con zeta.

Mi vecino Pantaleón
padece esas distracciones,
y sin maldita aprensión
se manda hacer *pantaleones*
y se firma *Pantalón*.

Constantino Gil.

BLANCO Y NEGRO

¡Mírala qué blanca,
qué hermosa y qué limpia
va la niña aquella
que al templo camina,
llevando en sus labios
celestial sonrisa!
Su traje es más blanco
que la nieve misma,
blancas son las tapas
del libro de misa,
¡todo es blanco en ella!
¡Oh, qué inmensa dicha!
Cuando yo recuerdo
la infancia bendita
en que no hay tristezas,
todo es alegría,
con tristeza exclamo,
al ver á esa niña:
—¡Qué feliz es uno
cuando todavía
no han nublado el cielo
de la alegre vida
la fatal desgracia
ni la cruel desdicha!
Y si alguna vez
pasa por mi orilla
ese ángel sin alas
de cara divina,
la miro, y al verla
¡siento mucha envidia!

.....
.....
¡Mírala qué negra
va, y qué entristecida
la mujer aquella
que al templo camina!
Negros son sus guantes,
el libro de misa,
el velo y el traje
con que va vestida.
¡Todo es negro en ella!
¡Oh, qué gran desdicha!
Al verla tan triste
¡cualquiera diría
que es la niña aquella
que en hermoso día
al templo marchaba
de blanco vestida,
llevando en sus labios
celestial sonrisa!
¡Qué gran diferencial
Ahora sus mejillas,
antes sonrosadas,
son descoloridas.
¡El traje más blanco
que la nieve misma
que puesto llevaba
cuando al templo iba,
no lo lleva ahora!
¿Por qué? No se explica.
Cosas son del mundo
que en un solo día
enriquece al pobre
y al rico le obliga
á pedir limosna
en cualquier esquina.
Ya han nublado el cielo
de su hermosa vida
la fatal desgracia

y la cruel desdicha.
Si la mujer esa
pasa por mi orilla,
la miro, y al verla
¡ya no siente envidia!

Adolfo Sánchez Carrere.

LA COQUETA

SONETO

Muy empolvado el rostro; la cabeza
cubierta por artístico sombrero;
vestido de la moda mensajero,
y unida á la elegancia la rareza.
En cada comentario, una simpleza;
nada de utilidad, nada sincero;
el lujo y la falsía, lo primero;
ficticias la bondad y la belleza.

A todos su sonrisa y sus miradas;
desprecio al que de veras la enamora;
con todos expansiva y pizpireta;
aquí tenéis sus dotes relatadas:
bonito el cuerpo, el alma engañadora.
¡Ya conocéis á la mujer coqueta!

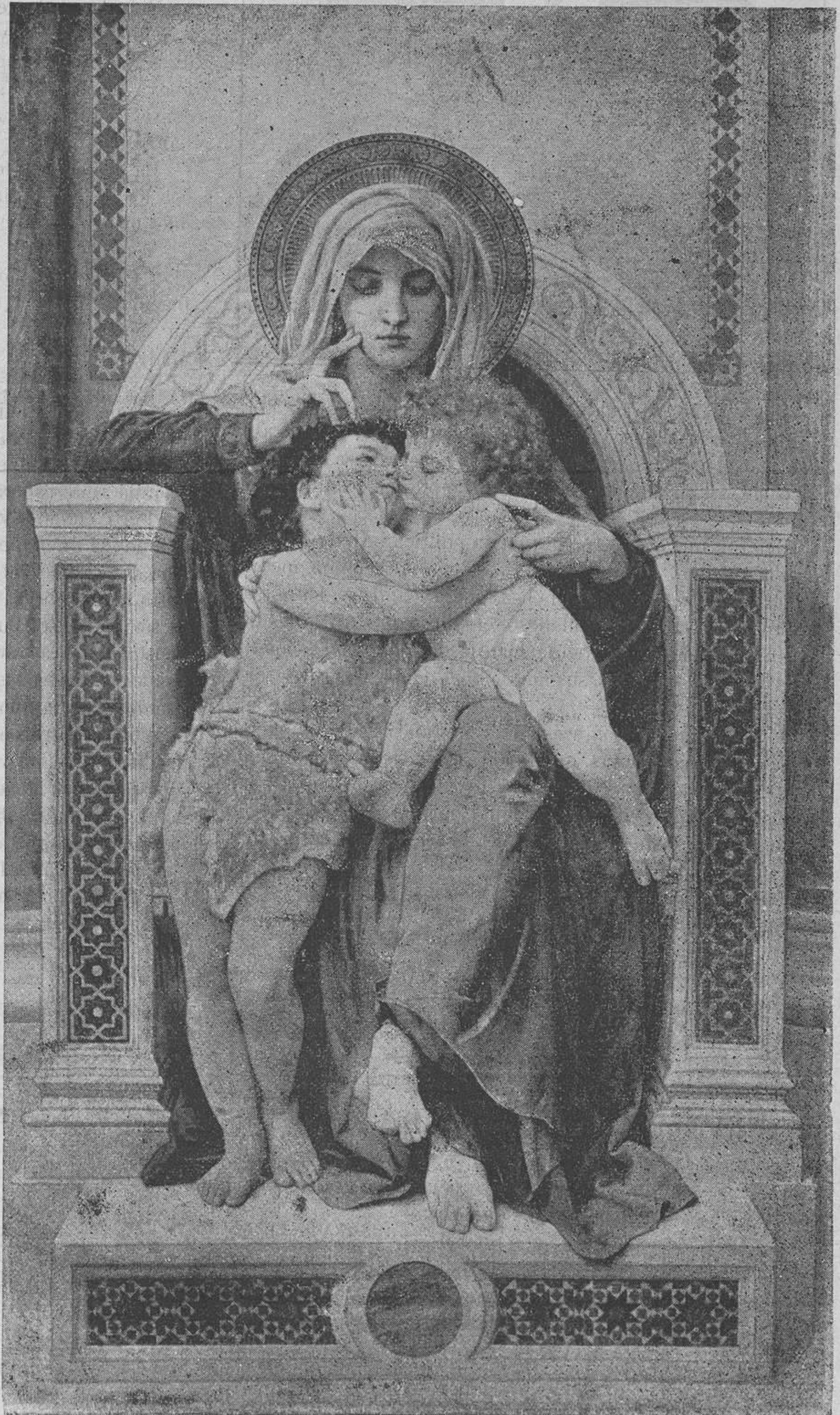
Fernando Franco Fernández.

TUS OJOS

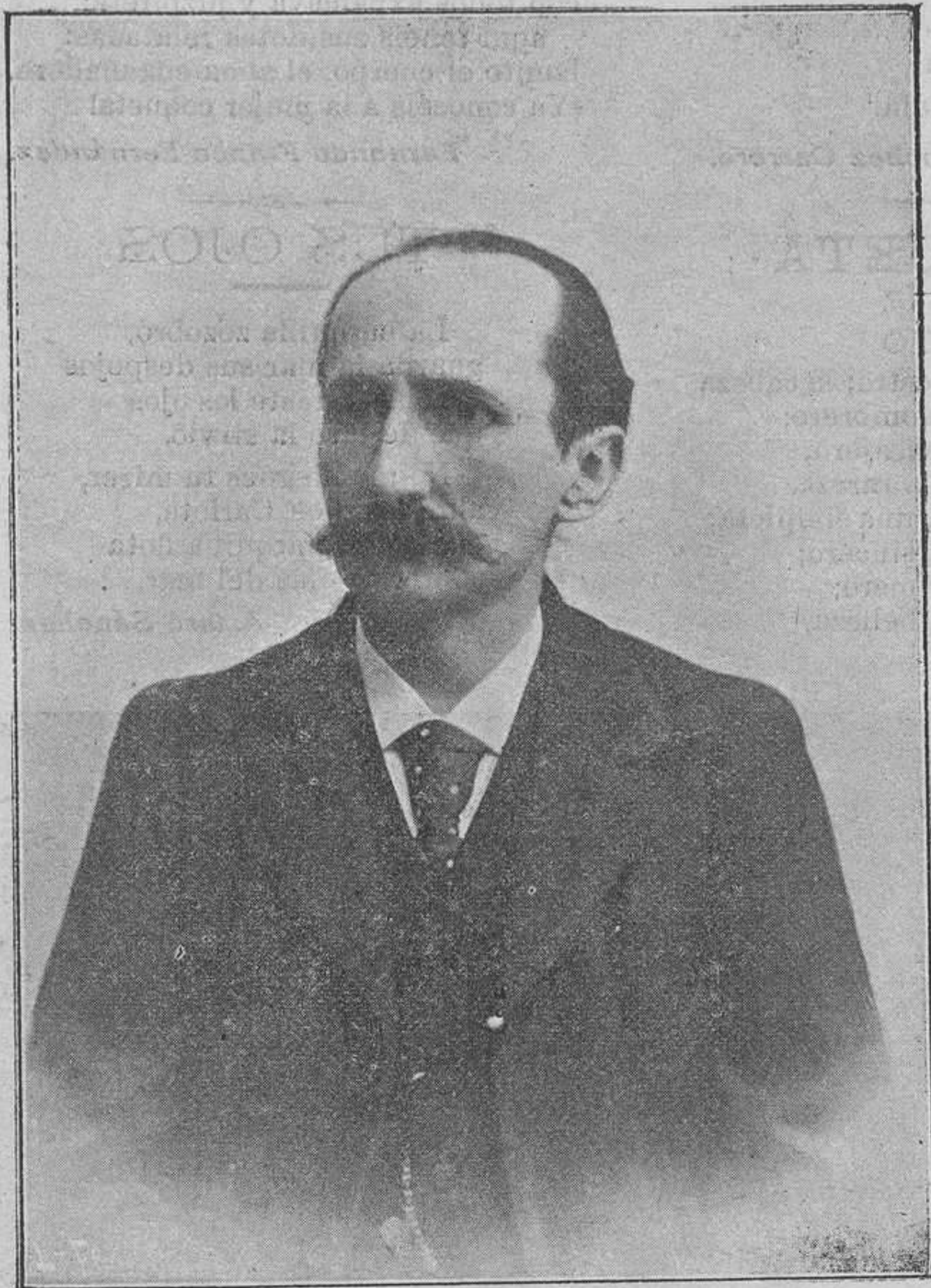
La barquilla zozobró,
guarda la mar sus despojos
porque cerraste los ojos
que de faro la sirvió.

No me niegues tu mirar,
abre los ojos, Carlota,
que así la barquilla flota
sobre las olas del mar.

Arturo Sánchez.



La Virgen con el Niño Jesús y San Juan.



Vida tan agitada cual la del Senador por la provincia, de Sevilla D. José María López, cuyo es el retrato que encabeza estas líneas, hallarése con dificultad; y encerrar esa vida en dos cuartillas, trazarla con un solo rasgo de pluma, resulta casi imposible.

Hicieron muchos grangería de la política. A ella fué el Sr. López riquísimo, y de ella volvió, si no pobre, con mediano capital. Tuvo amigos el Sr. López, muchos amigos, los que á la sombra de su carácter bondadoso creyeron medrar; mas también tuvo y tiene enemigos de cuantía, los que ven sus apetitos preteridos y estrelladas sus ambiciones en el granítico carácter del Sr. López.

Para los grandes hombres no faltan aun pigmeos. Así como en esas estatuas famosas, que la antigüedad consagra, plantas é inciertas parasitarias destrozan lo plástico de sus formas, complaciéndose, ayudadas de tiempo, en socavarlas; así los que descuellan del común de las gentes, observan con desprecio la ruin carcoma que á sus piés bulle.

Muchas lágrimas ha enjugado y remediado muchas desgracias en Eciija, su pueblo natal, el Sr. López, y esto hace su mayor apología.

Nosotros tenemos á gran bien el reproducir hoy su retrato, honrando al hacerlo nuestras columnas.

El Cocinero.

A LA MEMORIA DE MI QUERIDA CARMEN

Para siempre te he perdido
por haberte Dios llamado;
ruégale, mi bien querido,
me lleve pronto á tu lado.

Sólo hallo pensando en tí,
consuelo á mi gran dolor;
pide, Carmen, al Señor,
por tus hijos y por mi.

J. T.

Villaluenga, 5 de Enero de 1899.

A MI QUERIDA MADRE ASCENSIÓN

Aquél día no hubo nadie capaz de resistir el mal humor y las continuas distracciones de la dependencia que tenía Monteiro en su tienda de ultramarinos. Y en verdad, que había por completo desaparecido de la cara de todos la habitual sonrisa que siempre aparecía en sus labios y no habían dejado oír una siquiera de las continuas chirigotas que les hacían tan simpáticos. Ellos que continuamente estaban de bromitas con la criada del general retirado que vivía en el número 25 de aquella calle, aquél día la vieron entrar como si no fuera nadie. ¡Y cuidado si era buena moza la tal criada!

A lo mejor le pedían á uno diez céntimos de pimentón y despachaba un pimiento en vinagre, ó cosa por el estilo.

El amo ya no sabía qué hacer con ellos, porque la cosa picaba en historia.

Entraba cualquiera criada por medio kilo de azúcar, pues, ó le daban un kilo y le cobraban medio, ó en vez de azúcar le daban aceitunas negras. Mandaba el dueño que uno bajase á la cueva para subir alguna lata en conserva, y en vez de la lata en conserva subía con algún pilón de azúcar ó con un saco de garbanzos.

En fin, cuanto les diga á ustedes es poco en comparación con lo que aquél día sucedió en el establecimiento de comestibles que dejo mencionado.

Y nada, que no había posibilidad de enterarse á qué obedecían estos repentinos fenómenos, sabiendo todo el mundo que el bueno de Monteiro se había enorgullecido siempre hablando de su dependencia y diciendo que no la había mejor en todo Madrid.

Se desesperaba, rabiaba, estuvo todo el día detrás de ellos para que no cometiesen disparates; pero ¡que si quieres! A lo mejor, y cuando más descuido estaba, uno de los dependientes daba un tropezón en una pila de latas de pimientos y le caían encima al desesperado Monteiro. ¡Esto no tenía ejemplo!

Pero cuando ya la cosa tomó verdadero incremento, fué cuando el dueño, en vista de que él solo no podía hacer carrera con sus dependientes, llamó á su señora para que le ayudase. Esta buena mujer, que estaba en meses mayores, se colocó en la tienda como pudo, porque el espacio que había detrás del mostrador era bastante reducido, y allí estuvo sufriendo los golpes y tropezones de aquella tan distraída é insoportable dependencia. En uno de estos tropezones, que fué de los de marca mayor, le entraron dolores de parto y como loca se tiró al suelo hecha una pelota y dando berridos que ahuyentaron á todo el que estaba en la tienda. ¡Aquello fué un cataclismo!

Luego pudo saberse, por confidencias de uno de los dependientes causantes de tantas desdichas, que el estado anormal y las distracciones de aquél día, obedecieron solamente á que todos ellos habían pasado una noche horrorosa, á causa de las molestias producidas por los infinitos sabañones que tenían en orejas y manos.

LUIS GARRIDO Y PRIETO.

Madrid: 17 Enero 99.

MIGAJAS

Antonio, que es escritor
y que quiere despuntar,
nunca ha podido pasar
de mal versificador.

Contrajo ayer matrimonio
con Lucía Benavente,
y al verlos dijo la gente:
ahora despuntará Antonio.

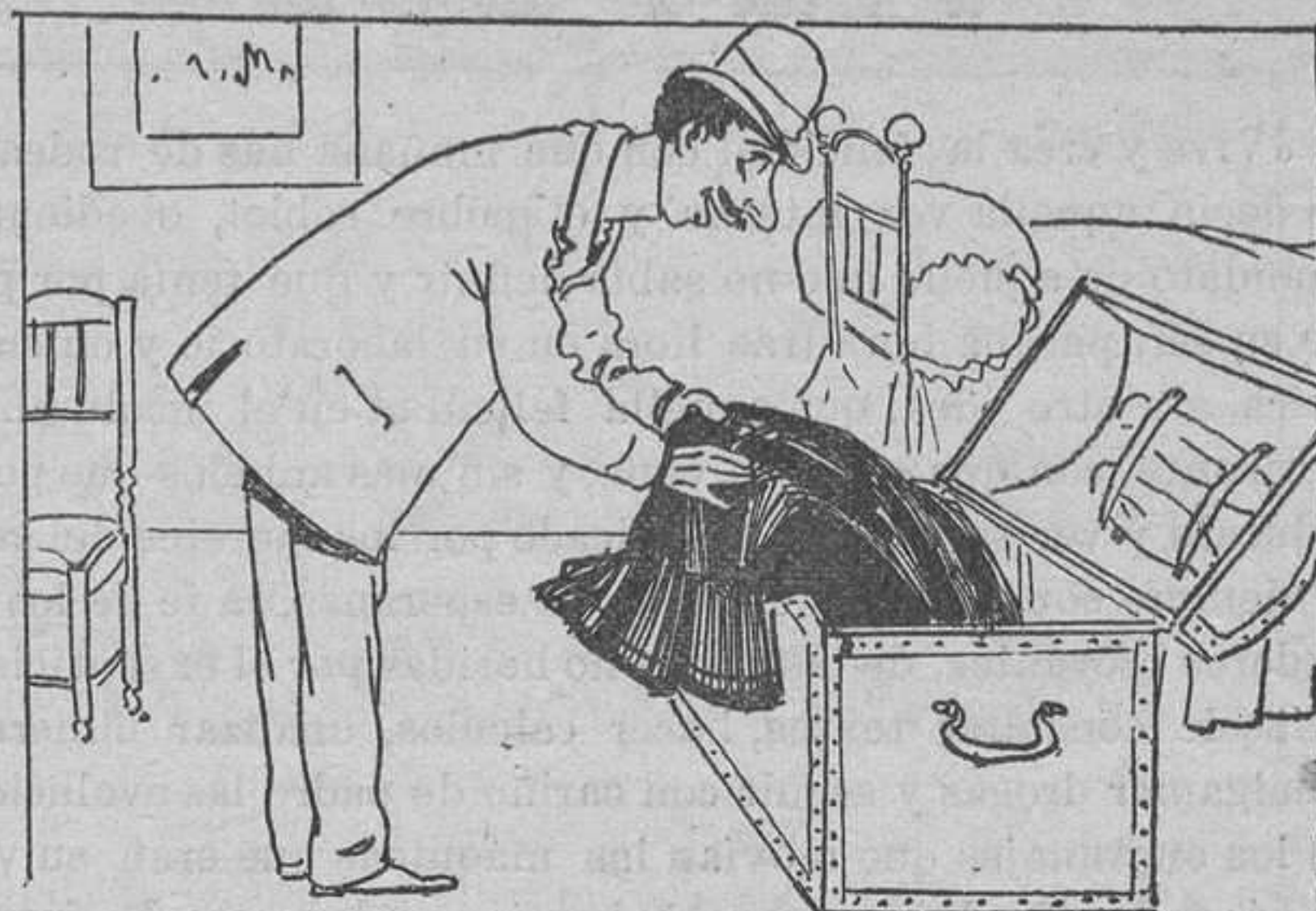
MANUEL R. PÉREZ.

Sevilla.

BUENA CONQUISTA—(Historieta por Rojas.)



—Tengo la seguridad completa, hija mía, de que esta tarde se te declara.
—¡Ay, si fuera cierto!...



Como el amor hace milagros, resulta que me encuentro en mi baúl una capita no muy buena, pero 10 ó 12 pesetillas...



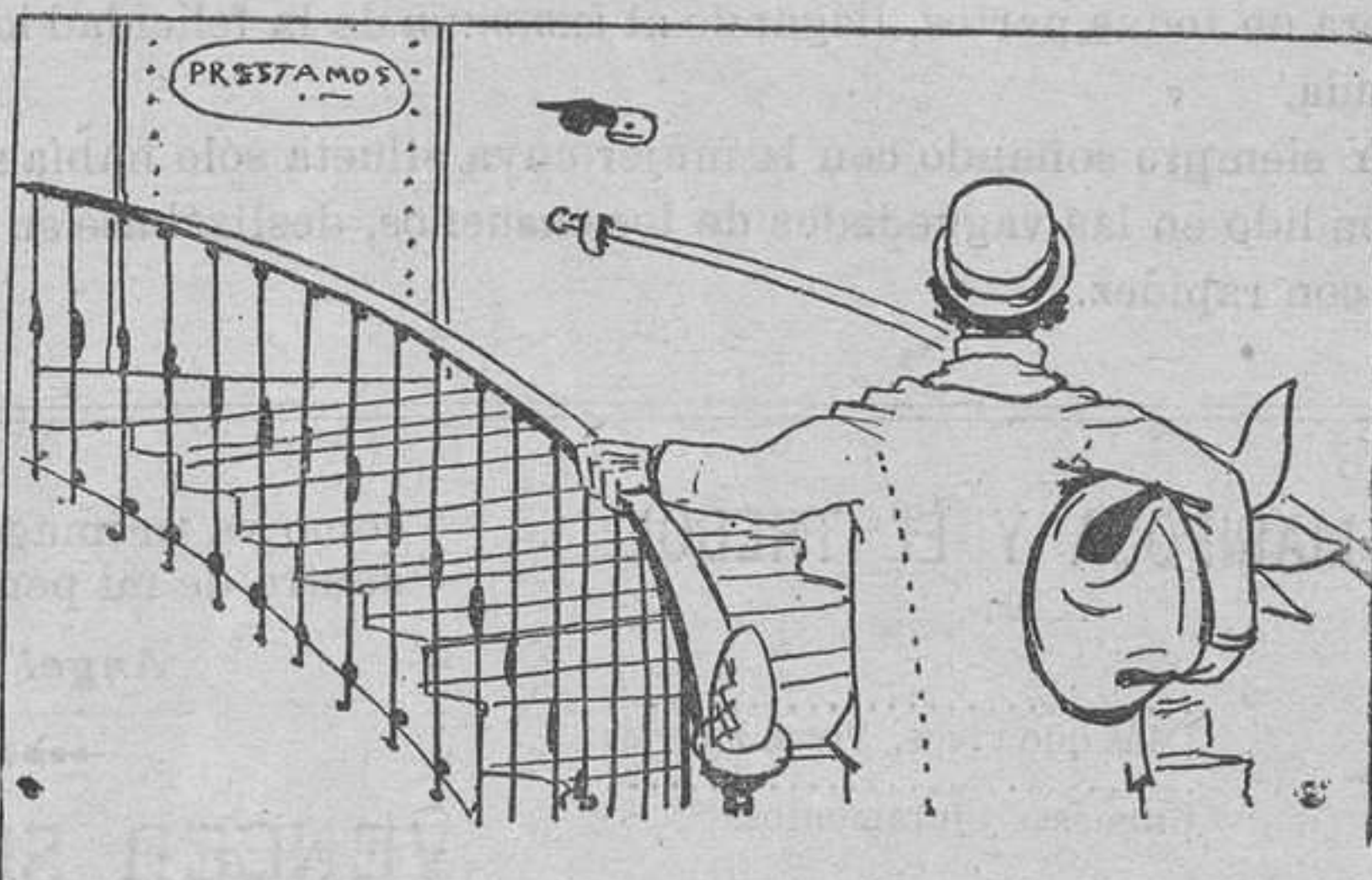
—¿No lo dije?
—Servidor de ustedes...
—Yo bien, ¿y usted?
—¿Usted me permitirá, señora, que hable un ratito reservadamente?...



Manos á la obra: al primer prestamista con quien me tropiece, se la endoso...



—...Pues sí, caballero; no veo mejor solución que la de vernos esta noche en la Comedia... y allí, de butaca á butaca...
—Comprendido, comprendido, señorita; á las nueve en punto en la puerta del teatro...



¡Hola! Conque préstamos ¿eh? ¡Arriba Antoñito!



Pues señor, no encuentro el medio por más que discurro, de sacar dinero para las tres butaquitas... en buena me he metido!



—Servidor... A ver esta capi... ¡¡¡Jesucristo, mi amada y suegra respectivamente!!!...

«Vive y crea la felicidad con que mañana has de rodearla», le decía aquella voz interna, y él ¡pobre sabio!, obediente al mandato de aquello que no sabía definir y que tenía por parte de su ser, pasaba hora tras hora en su laboratorio y en su fábrica, sin otro ideal que aquella felicidad en el incolumbrado horizonte, con que soñando vivía, y sin más anhelos que poseer riquezas y ver su nombre santificado por los laureles del genio.

Siempre sonriente y delatando la esperanza, la fe de los verdaderos creyentes, de las almas no heridas por el excepticismo, veíasele consultar textos, hacer cálculos, analizar minerales, amalgamar drogas y seguir con cariño de padre las evoluciones de los engranajes que movían las máquinas que eran su vida, su ser todo, sin dejar presentir hastío, ni desgaste de fuerzas, y si sólo energías cuyo agotamiento no era imaginable, y un amor inmenso á cuanto le rodeaba y vivía con él.

Ni la más atómica partícula, ni el más imperceptible movimiento de lo que era objeto de su estudio, escapábase á sus ojos, cual si en ello viviera el espíritu que había de animar á quien con tan doradas ilusiones soñaba.

Cuando vagaba por el parque en que se asentaba la fábrica, obsesionándose con el rítmico lenguaje del alegre pajarillo, con el susurrar candencioso de los copudos árboles, ó sorprendiendo los brillantados matices del agua que con ímpetus de avasallador tormento se despeñaba por las cascadas para después servir de palanca á la maquinaria de la fábrica, su rostro animábase más y la sonrisa no desaparecía de sus labios como si sostuviera mental coloquio con espíritu divino que le pusiera en comunicación con lo incognoscible que colma anhelos, invade de ternuras al corazón y llena de poesía cuanto nos rodea y vive con nosotros.

En todas partes no veía más que juventud, amores, poesía, manifestaciones de un mundo de placeres en que la pureza del pensamiento pone en comunicación todo lo creado, estableciendo armónico desarrollo para que, al ser todo uniforme y perfecto, el egoísmo, la envidia, la concupiscencia no agostara colores ni enronqueciera sonidos, y el perpetuo idilio se sorprendiera en todas partes, llegando al *summum* de la felicidad idealizada.

Y siempre soñando con la mujer cuya silueta sólo había sorprendido en las vaguedades de los ensueños, deslizábase su vida con rapidez.

Y pasaban años, y sus inventos amontonaban laureles alrededor de su cabeza; y al par que su nombre llegaba á todos los rincones de la tierra habitada, sus riquezas crecían sin él darse cuenta, alucinado por el ideal del mañana.

Un día observó con terror que su cabeza estaba completamente blanca, que su rostro, surcado por pronunciadas arrugas, era el de un anciano, y que todo su ser mostraba las huellas del ocaso.

Recordó hechos, consultó fechas, y vió que, pensando en el mañana, no había percibido la despedida de la juventud: lloró en silencio y maldijo su insensatez.

Frió de muerte sentía en el corazón al comprender que su edad no era la edad de los amores, de los idilios, de las dulces endechas, y que soñando y soñando le había sorprendido la vejez.

Desde aquella desdichada hora en que la realidad se presentó ante sus ojos, antojábasele muertos los matices de los campos y la alegría de los pájaros, acallado el murmullo de los árboles, robada la luz y el color al cielo, y hasta el agua de las cascadas parecíale mansa y silenciosa, sin brillantes que deslumbran, sin sonidos que embelesan.

Todo para el pobre sabio era gris, como si inmenso toldo de ese color ocultara el firmamento y marchara con sus tonos tristes y melancólicos todo lo creado.

El pasado le era aborrecible, y al pensar en el mañana, sentía la frialdad del no ser y vislumbraba obscuridades que llevaban agonías al corazón.

En la fábrica no se le veía; los obreros trabajaban bajo la dirección del gerente.

Parecía que el laboratorio era la única habitación á él destinada, ó que un estudio importantísimo le retenía entre aquellos estantes repletos de libros, frascos, pedruscos y aparato de complicado manejo; pero no, los hornillos estaban apagados y cuanto en días anteriores fué esparcido por las mesas, en ellas yacía, mas todo cubierto del polvo.

Había pasado mental revista á su vida, y vió que la ilusión y el engaño marchaban siempre unidos; y al pensar en lo imposible del ser sin ideales, habiendo vivido de ellos, sintió despego, aborrecimiento hacia lo existente.

La idea del suicidio pasó por su mente, y una mañana fué extraído su cadáver del riachuelo á cuya orilla se levantaba la fábrica.

D. Alonso Morais.

LA MARIPOSA Y EL TREBOL

.....
¡Más que vivos, viven muertos
.....
promesas y juramentos!

Conservo una mariposa
y cuatro hojitas de trébol
encerrados en cristales,
que me libran del agüero.

Símbolos de una pasión
que guardo dentro del pecho
y que la muerte tan sólo
romperá sus ligamentos.

Es la linda mariposa
fantasía de mi ensueño,
y me aseguran fortuna
las cuatro hojitas del trébol.

Con estas supercherías
la vida paso contento,
pues todos mis ideales
vuelan hacia... el polo extremo
como la corriente eléctrica
da la vuelta al mundo entero,
y si á la tierra en contacto
se la pone con el cielo,
lo mismo se halla mi alma
con el alma que yo quiero.

Y esta reliquia, profana,
va pendiente de mi cuello

como va tu imagen siempre
dentro de mi pensamiento.

Angel Vergara de Prado.



VENCER SUCUMBIENDO

(COSAS DE HACE DOS SIGLOS)

I

—No debes preguntarme
por qué tus rejas
no dejo en paz con trovas,
flores y quejas,
sabiendo que me consta
que á Dios le plugo
que del pobre obstinado
sea el mendrugo;
y ya que tú te empeñas
con tus rigores
en que crezcan mis ansias
por tus favores,
sabes que terco,
de plaza que yo sitio
no dejo el cerco.

II

—Aragonés hidalgo
que ante mis rejas

malgasta serenatas
flores y quejas,
ya que á fuer de soldado,
los corazones
toma por rebellines
y por bacciones,
y que con conquistarme
soñando terco
como á plaza sitiada
me pone cerco,
no eche en olvido,
que suele quien se obstina
ser el vencido.

III

¿Que en qué paró el asedio?
Plaza sitiada,
dicen los capitanes,
plaza tomada.
Hablóse de traiciones,
y hasta se sueña
en no sé qué postigos
que abrió una dueña;
más lo cierto del caso
es que, modesto,
aún el galán murmura
torciendo el gesto:
«En lid de amores,
suelen ser los vencidos
los vencedores.

Angel R. Chaves.

EGOS DEL MUNDO

*La aprensión.—Peor que todo lo malo.—Ya se sabía.—
Los casos.—Un condenado á muerte.—Agonía plácida.—
«Mortus est».—Un médico «franco».—Hipnotizados.—
¡Salvado!—La «sujestión aprensiva».—El brevaie misterioso.—Hagan ustedes «eso».—Todo salado.—El cocinero inocente.—Aún hay más.—Indigestión y envenenamiento.—Herir por los mismos filos.—«Con la intención basta.»*

La aprensión es causa de tantos males, que deja atrás á todas las enfermedades por terribles que sean.

Esta es una verdad hace mucho tiempo presentida por la ciencia, pero de la que hasta hace relativamente poco tiempo (unos ocho años) no se tuvieron pruebas evidentes por no haberse hecho experimentos serios.

Todos los tratadistas citan varios casos de aprensión con que se prueban los terribles efectos de estas preocupaciones.

Recuérdase el suceso de aquel condenado á muerte á quien se le hizo creer que había sido sentenciado á morir exangüe, y al efecto se le sometió á una ligerísima punción en un brazo, al tiempo que se hacía correr por cima de las arterias del mismo, un pequeño caño de agua á la temperatura normal humana (unos 37 grados), haciendo creer que la víctima que moría desangrándose en la plácida agonía de los que mueren por hemorragia.

El desgraciado murió en efecto en aquella creencia.

Hechos análogos al relatado, ya clásico en los fastos de este género de curiosidades, registranse muchos en los anales científicos.

Lo que no se sabía, ó por lo menos no había existido ningún médico que se atreviese á afirmarlo paladinamente, era la manifestación que aún no hace dos semanas ha hecho un doctor belga, el Sr. Hatmisch (reputado especialista en enfermedades nerviosas), al decir que si la medicina influye en el enfermo, es única y exclusivamente por el influjo que el médico ejerce sobre aquél, por la aprensión, en una palabra, que el médico y su medicina producen en el ánimo del paciente.

Añade el sabio de Bruxelles, que en estos casos se produce una verdadera hipnotización y cita hechos que lo prueban.

Hatmisch refiere el caso de haber cortado unas fiebres gravísimas, que amenazaban con matar á un niño, sin más que propinarle agua ligeramente endulzada, haciendo creer á él y á la familia, que se trataba de un activo veneno, medicina sumamente peligrosa, en que, aun en dosis infinitesimales, se jugaba á la desesperada, á vida ó muerte, la existencia de la criatura.

El niño se salvó, y era tal la fuerza de la *sujestión*, que podríamos llamar *aprensiva*, que ya joven el niño, sigue afirmando que no hay quinina capaz de competir con aquel brevaie que á sus padres ha oído decir que le dieron, ni con las recetas del citado discípulo de Hipócrates.

Para que se forme idea, ya que no exacta, aproximada, de la fuerza de la aprensión, el sabio belga cita una observación que puede comprobar cualquiera en su casa.

Supóngase, por ejemplo, que están comiendo juntas varias personas y que de repente una de ellas, en tono por supuesto muy natural, dice: «¡Qué salada está esta vianda!»

A poco que, sin exajerar la afirmación, insista en

ella el indicado comensal, es seguro, que, algún otro añadirá en tono confiado: «En efecto, esto está hecho una salmuera.»

Probablemente la opinión hallará eco entre todos los anfitriones y de fijo, instantes después, todos culparán al cocinero de habersele ido la mano en la sal.

Aún hay más: habrá sujeto que durante algunas horas después de la comida beberá agua en abundancia y experimentará los ardores y sequedades de lo salado en la garganta y en las fauces.

Y quien habla del exceso de sal, hace análogas observaciones suponiendo la falta de aquella ó haciendo creer que un manjar está envenenado ó que ha de hacer daño.

Algo de exajeración podrá existir en las teorías del sabio belga, pero el hecho es que cuando se pierde la fe en un médico, el enfermo está perdido.

Ahora bien, si el eminente doctor concede esa importancia á las aprensiones, y su opinión cunde entre los enfermos, se expone á que alguno de éstos ya curado, se empeñe en hacerle creer que le ha pagado... Sólo que los médicos no somos tan aprensivos.

Doctor Traveller.

MODAS

(Esta Sección está á cargo de la elegante Revista *La Ultima Moda*)



Esclavina para paseo.—De paño color tórtola, sumamente larga. Los contornos están adornados con cenefas de aplicación, de raso del color del fondo. Cuello *Valois*, montado en un cuello recto. Toca de terciopelo negro, adornada con cenefas de piel de zorro azul. Manguito de la misma piel.

Pasteles de Escenario.

Los dos beneficios celebrados en el Teatro Principal, por la Sra. Saroglia el uno y por el director de orquesta el otro, han sido dos acontecimientos, tanto por el programa de la función, como por el desempeño que supieron dar á las obras representadas. Los aplausos no cesaron en toda la noche y ambos beneficiados recibieron valiosos regalos.

El artista más mimado y querido por el público gaditano, el popular Grossi, prepara también su beneficio y con toda seguridad podemos profetizar que el teatro se verá con un lleno completo, dadas las justísimas simpatías que entre nosotros tiene el graciosísimo tenor.

El siluetista O'Conner ha gustado mucho, pues realmente no carece de gracia ni de habilidad su trabajo, y puede entretener agradablemente á cualquier público un corto número de representaciones.

*
* *

En el *Teatro Cómico*, siguen contándose por llenos las representaciones: el público se ha encarrilado allí, y allí acude deseoso de pasar la velada entre risas y alegrías. *La Fiesta de San Antón* gusta más cuanto más se le conoce, y proporciona á los artistas muchos aplausos y á la empresa segura ganancia.

Hemos oído decir que vá á ser reforzada la compañía con una triple muy aplaudida recientemente en Cádiz, y con un barítono que también goza de generales simpatías en esta ciudad.

De confirmarse la noticia, seguros estamos que para ir al *Cómico* habrá necesidad de encargar las localidades con mucha anticipación.

Rigoberto.

TODO MENTIRA

Era mentira tu amor ardiente,
la dicha eterna con que soñé,
mentira todo lo que decías,
mentira todo lo que escuché;
pues eran falsos tus juramentos
con que alentabas mi ciega fé;
falsos tus labios, falsos tus ojos,
mentira todo como el placer
que demostrabas cuando mis labios
sobre los tuyos, libando miel,
un beso ardiente depositaban
entre promesas de amor y fé:
mentidas eran mis ilusiones,
viciado el aire que respiré,
cuando á tu lado de amor sediento,
yo mis amores te declaré;
y tus virtudes eran fingidas,
como fingidos eran también,
tu dulce llanto, tu pura frente,
y hasta tu *cándida sencillez*.

Todo mentira... menos tu infamia,
y el desengaño que yo llevé.

SEBASTIÁN FRANCO-PADILLA.

Fritos y Asados.

La autoridad competente ha impuesto al contratista de la limpieza pública una multa por deficiencias en el servicio.

Esto prueba que la queja por este periódico promovida en el último número, era fundada.

Nuestro distinguido amigo D. Luis Salvador, ha recibido muchos y preciadísimos muebles y objetos de lujo para la hermosa Exposición que tiene instalada en la calle Ancha.

Recomendamos á nuestros lectores dicha Exposición.

Se encuentra un poco más aliviado de la afección reumático que hace tiempo viene padeciendo, el respetable jefe del partido liberal, Sr. Rios Acuña.

Anoche tuvo lugar en el Casino Gaditano la primera *soirée* de las que el aristocrático centro ha organizado para antes de las fiestas de Carnaval.

Los amplios salones de aquél hermoso edificio, cuyos socios tantas pruebas tienen dadas de su inagotable caridad, viéronse llenos de una concurrencia por demás distinguida.

Parece que este año hay el propósito de dar algún esplendor á las fiestas religiosas de Semana Santa, sacando varias procesiones, para lo cual un gaditano ilustre trabaja con la actividad en él proverbial, con objeto de adquirir trajes y allegar recursos con el fin indicado.

Es muy de aplaudir tal iniciativa, porque sabido es que las fiestas de Semana Santa llegaron á adquirir en Cádiz verdadera importancia, viniendo á nuestra hermosa ciudad muchos forasteros que daban animación y vida al comercio en general.

El ministro de Estado, nuestro ilustre paisano Sr. Duque de Almodóvar del Rio, está siendo objeto de muchas y merecidas alabanzas por su proyecto de establecer en España el procedimiento del *coupage*, que favorecerá de una manera considerable la producción agrícola en España.

Nuestro estimado colega el *Diario de Cádiz*, ha empezado á llamar la atención del Ayuntamiento sobre la conveniencia de hacer algo estos Carnavales.

Estamos completamente de acuerdo con el *Diario*, y unimos nuestra voz á la suya, haciendo nuestros sus deseos.

Cierto que el horno no está para bollos ni la Verónica para tafetanes, pero si á nuestras desgracias nacionales no ponemos más remedio ni otro lenitivo que las lágrimas, nos vamos á quedar como el gallo de Morón.

Por eso mismo que estamos en las últimas, como aquel que dice, hay que buscar algo que nos divierta y ahuyente la justa pena que con razón sentimos.

Y sobre todo, que los duelos con Carnaval son menos.

El digno Delegado de Hacienda de esta provincia D. Eustaquio L. Pulido, ha hecho una nueva y acertada distribución en el local de algunas oficinas de aquel centro, para mayor comodidad del público y de los empleados, decorándolas con mucho gusto y hasta con lujo, como corresponde á la importancia y seriedad del primer centro administrativo de la provincia.

El Circo Teatro Gaditano se vé concurridísimo todas las noches por los aficionados al cante y baile flamenco.

El tocador *Habichuela* y los cantadores *Fosforito*, *Hermosilla* y el *Quiqui*, en unión de las bailadoras que forman el cuadro, hacen las delicias del público que allí acude.

El antiguo y acreditado restaurant *El Siglo*, propiedad de D. Laureano Morante, cierra por ahora sus puertas para efectuar en la casa importantes reformas y mejoras, tanto en la parte baja, tienda, como en el piso alto, donde se instalarán elegantes y confortables comedores en beneficio de sus numerosos favorecedores.

Tipo-Litografía J. Bénéitez, Marqués del Real Tesoro, 8.